

El presentador está empezando a cansarte con sus mordaces avisos sobre la escuálida silueta de la regidora. Te trae al programa con la intención de que cuentes algunas de tus aventuras amorosas, pasas por ser, según la encuesta que realizan previamente, un donjuán actual, la respetable lista de tus conquistas, excluyendo los valiosos intercambios practicados en cierta isla caribeña donde recalas sólo para descansar de tanta entrega gratuita, ocupa páginas y páginas de un grueso dossier confeccionado al efecto, mostrado al público como prueba irrefutable de tu virilidad o tu perseverancia. Alrededor de seiscientos veinticuatro o seiscientos veinticinco nombres de mujeres constan en esa lista superlativa que los responsables del programa, con tu aquiescencia y tu participación entusiasta, han completado con el domicilio actual, el estado civil y el teléfono de cada una de las integrantes, un listín afrodisíaco en suma. La intención de dichos responsables, según te han hecho saber antes de venir, es que a lo largo de las tres horas aproximadas de duración de la emisión, salvados los minutos dedicados a publicidad, entables conversación telefónica con algunas de esas mujeres conquistadas y departas alegremente ante las cámaras con otras, más afortunadas, presentes en el estudio. Muchas de ellas no imaginarían cuando se dejaron seducir por ti en su momento que merced a ese acto casual accederían a una cierta popularidad en el futuro. Si llegan a saberlo cuántas más no habrían cedido a tus pretensiones carnales con el aditamento suplementario de que tarde o temprano su nombre, su voz o su efigie aparecerían en televisión reclamando una mañana, una tarde o sólo una efímera noche de amor contigo. De hecho, no pocas estarán ahora mordiéndose los reseos labios o las uñas despintadas viéndote alardear de tus hazañas amoratorias sin poder soñar con ser incluidas en ellas en calidad de coprotagonistas por haberte rechazado o simplemente diferido tanto el contacto contigo que terminaron aburriéndote del mismo

modo que si se te hubieran entregado a la primera insinuación. En fin, una lástima, como te indica el presentador, dando paso una vez más a la publicidad especial de esta noche. El programa ha suscitado tanta expectativa que uno de los directivos de la casa tuvo la ocurrente idea de restringir los minutos de publicidad a productos relacionados con la intimidad, el amor o el cuerpo, sin preguntarte tu parecer. En el primer corte publicitario ya te arrancó una sonrisa condescendiente la festiva tanda de compresas, preservativos, sujetadores, bragas, calzoncillos, lociones contra la alopecia o las canas, cremas faciales, dietas laxantes, etcétera, etcétera. En el segundo, éste de ahora mismo, ya ni reparas en el contenido, te encuentras distraído discutiendo con el infatuado presentador y la menuda regidora sobre el tiempo de programa que habían acordado concederte y ahora pretenden acortar sin motivo. Al parecer, algún otro ingenioso directivo, o el mismo ocurrente de la publicidad semántica, ha decidido a última hora que era mucho tiempo para ti solo, que sería monótono o abusivo un programa dedicado en exclusiva a la narración de tus conquistas, oída una, oídas todas, algo así debió decir, según la regidora de meliflua mirada y alisada melenita de paje, y a tu charla conmemorativa o conmemorativa con ellas. Además, todo esto te lo está diciendo de nuevo la atractiva regidora, ya flirteas con ella descaradamente, no puedes evitarlo, y notas que ella se siente atraída, a qué negarlo, han estado hojeando el dossier fotográfico de tus así llamadas víctimas y encuentran poco fotogénicas o directamente feas a la mayoría de ellas, tanta cantidad rara vez implica calidad, te asegura con seriedad, escasamente estimulante o sugestivo por tanto su lucimiento en pantalla, se requiere un mínimo de exigencia estética para cumplir el objetivo seminal, no, perdón, vaya desliz, quería decir semanal, en qué estaría pensando, el propósito de la emisión semanal, recalca. En cualquier caso, apostilla ahora el pretencioso presentador mientras la regidora se retira aparentemente avergonzada, él también tiene su lista, de eso estás seguro, y debe de ser bien pequeña, poco de lo que presumir en el fondo, habrá que estar atentos a los índices de audiencia en todo momento para comprobar si la fórmula funciona o no con la eficacia prevista. Los concienzudos guionistas te tienen preparadas algunas sorpresas en caso de

que descienda escandalosamente el número de telespectadores fieles al programa. Una de ellas quizá sea esta supuesta conquista tuya que acaba de hacer su aplaudida aparición en el plató, y tiende una mano gentil o sólo dadivosa al presentador de barbilla fracturada, mientras tratas todavía de encajar la enésima tanda de anuncios, de calzoncillos ahora, o de taparrabos más bien, musculosos machos de comprimidos genitales y torso atlético, y después un diluvio de cómodos tampones y braguitas absorbentes. Esto es una conspiración en toda regla, te dices algo consternado cuando la invitada te aprisiona entre sus fuertes brazos y te comprime contra su rotundo pecho y comienza a besuquearte en la cara como si te conociera de siempre. Yo nunca seduje a esta mujer, protestas. Cómo que no, acuérdate, mi amor. Y te lo recuerda al detalle, punto por punto, a ti que no necesitas agenda para recordar cada una de tus seis centenas y un cuarto de abrumadoras conquistas, te está recordando exactamente cuándo empezaste el acoso, así lo llama ahora, dónde lo culminaste a tiempo y cómo te las arreglaste para desaparecer de su vida como habías entrado, clandestina o solapadamente. Así que no digas más que no me conoces, rico, te responderá otra poco después, en las mismas amnésicas circunstancias, no he cambiado tanto desde entonces. Pretende que os tropezasteis en la sección de señoras, dónde si no, de unos grandes almacenes, el gentío consumista os reunió, son sus palabras exactas, tuya sólo la perplejidad y tal vez el sofocado bostezo, ella buscaba un pañuelo para regalarle a su madre en su cumpleaños, tú también buscabas un pañuelo, según le explicaste, para tu anciana madre, qué señalada coincidencia. No necesita recordarte que la convenciste enseguida de que comprara el mismo pañuelo que tú, aunque no sabe cómo, cuando acabó el inolvidable fin de semana que pasasteis amarretados en un agradable hotel de la playa se lo habías regalado a ella y ahora te reprocha que fue una broma de mal gusto, una ofensiva interpretación de los afectuosos mimos que te prodigó en la intimidad. En fin, nada que hacer, no te acuerdas y no te acuerdas, para qué darle más vueltas, te dirá el presentador ya en privado mientras otra sugerente ración de encadenados anuncios desfila por la pantalla, esta vez prefieres no mirar el monitor. Ya no va a haber más invitadas inoportunas, no se

preocupe, los espectadores no desertan todavía en número alarmante de la visión del programa, aunque, según te dice, es significativo el número de los que han empezado ya a coquetear mando a distancia en mano con otros programas alternativos, cadenas rivales. Así que te ruega que le dejes anunciar que te vas a casar en el siguiente segmento con tu verdadero amor, en directo, aquí mismo, una temprana conquista a la que tuviste que renunciar por imposiciones familiares pero cuya pérdida irreparable marcó de por vida tu esquivia relación con las mujeres, haciendo de ti un tenorio expiatorio, un conquistador de todas en compensación por la ausencia de una sola, algo así de insensato o de trivial está explicando ahora a la retraída audiencia, mientras te instruyen para el feliz evento en una dependencia alemana. La regidora te permite por compasión que la besuquees en la boca y en las mejillas y la manosees por aquí y por allá, tan flaca o descarnada, casi en los huesos, parece gustarle que te guste a pesar de todo, y aprovecha tu esparcimiento para explicarte entre tanto tu papel en la comedia que se desarrollará a continuación. Te limitarás a estar ahí y asentir a todo lo que el presentador se le ocurra decir, ya habrás notado que su tendencia a la improvisación es uno de sus peores defectos, se cree capacitado y no se ahorra una sola morcilla, eso te dice la preciosa regidora y tú la oyes con devoción cuando consigues por fin abrir paso a una de tus manos bajo una de las tensas copas del sujetador deportivo y despabilas entre tus dedos expertos un diminuto pezón que sospechas rosado e insinuante. Ya me avisaron sobre usted, te dice con cautelosa indiferencia o sólo disimulo. Atiéndame ahora, por favor, es importante. Si la hubieras oído con más atención como te pedía insistentemente, y no hubieras pretendido descorrerle la cremallera del vaquero y permitir así la entrada a tu otra mano en busca de su sexo convenientemente precintado en la protectora braga faja y ella no hubiera tenido entonces que abofetearte furiosa, te estabas propasando o sólo descubriste algo inconcebible allí, castigo merecido a tu curiosidad, no te encontrarías ahora en esta grotesca situación, a punto de casarte a tu edad con una rolliza desconocida algo talluda también sin reponerte aún de la experiencia anterior, una fuerte impresión de efecto impredecible en tus próximas acciones. Vale que se trata sólo de una farsa sin

consecuencias aparentes y que la novia, a pesar de su edad, la verosimilitud del infundio exige que sea sólo ligeramente más joven que tú, no está tampoco mal, nada mal, de hecho no te hubiera importado sumarla a tu centena y cuarto de conquistas multiplicada por cinco que es el número final de tu verdadera edad, el inicial prefieres callártelo ahora que el funcionario de pega, actuando como testigos el presuntuoso presentador y la hechicera pero imposiblemente falsa regidora, una actriz en realidad, procede a leer el juramento marital y menciona imprudente la salud y la enfermedad y esa remota eventualidad hasta cuya llegada habréis de prometeros mutua compañía y respeto mutuo la otra momia y tú, el momio mayor, algo desconcertado todavía por el malsano hallazgo. Puede besar a la novia cuanto quiera, mientras nosotros nos vamos otra vez a publicidad sin más tardanza, anuncia alborozado el mentido funcionario que se identifica, ya fuera de emisión, como el directivo de la cadena que tuvo aquella ocurrencia brillante acerca de la publicidad asociativa con la que han machacado uno a uno todos tus pudibundos prejuicios. Prefieres no besarla por ahora, prefieres otras distracciones durante la breve pausa, abstraerte por ejemplo contemplando los meneos de la activa regidora, aquejada de un insensato prurito de agitación, hasta verla desaparecer tras una puerta numerada. Ha sido una idea magnífica la de casarlo en el estudio, te comenta el directivo de nuevo, en directo nada menos, no sabe usted cómo han subido los índices de audiencia durante la ceremonia episódica, mientras te acompaña caminando parsimoniosamente entre técnicos desocupados y cámaras inactivas, cuidado con ese cable, a un exiguo plató vecino donde ya divisas el escenario nupcial dispuesto, el regio tálamo matrimonial iluminado por los focos al fondo, la novia amojamada aguardando tu pronta llegada despatarrada en el lecho irreal rodeada de un equipo de maquilladoras. En cuanto volvamos de publicidad, dentro de un instante tan sólo, usted hace gala de su priápica fama y se me mete en la cama con esa señora de ahí, me da igual lo que haga con ella, ante el público ella es su mujer, y no se preocupe por nada, al diablo las convenciones, a esta hora ya sólo nos ven adultos. Parece que tampoco pudieron, parece que no muchos soportaron tu patético intercambio con aquella mujer que tra-

tabas de hacer tuya o tullida con algo más que fueras promesas o despectivas miradas y empezaron a cambiar compulsivamente de canal en busca de otras satisfacciones ya que tú amenazabas con arruinar sus vicarias ilusiones con tu repentina invalidez genitiva. Cómo se te ocurre, cuando los deseos de tantos dependen de tu fineza o de tu pericia, cómo se te ocurre fracasar de ese modo tan estrepitoso, en público y a tu edad, vergüenza debería de darte. Tendrías que haber imaginado que se lo estabas haciendo a la excitante regidora de seductora melena y senos adolescentes, si la novia fingida no satisfacía por alguna perversa razón tu insaciable apetito de juventud. Procurar tan penoso espectáculo y achacárselo a los estragos de la edad, así, sin especificar siquiera si te referías a los tuyos o a los de la vetusta novia, no te sorprenda que suscitara las iras inmediatas de los colectivos implicados y que te declararan persona ingrata en muchos lugares de nuestra milenaria geografía. No era para tanto tonteo, o tal vez sí. Tal vez fuera lógico entonces, en el transcurso de otra menopausia publicitaria, quizá la definitiva, que la vivaz regidora, comedante desenmascarada, acudiera en tu socorro portando un decoroso albornoz rojo y unas pantuflas de felpa a juego cuando te precipitabas a salir desnudo y exánime de entre las sábanas naranjas no transigiendo más con el llanto atropellado de tu ofuscada dama acompañante, y te hiciera entonces una proposición que un caballero a la antigua como tú no podría jamás rechazar en las presentes circunstancias, dada además la inequívoca dirección de su malévola mirada y las desventajas de tu inerme posición. Y sí, lo recuerdas aún con claridad, fue entonces cuando todo se precipitó para ti sin remedio. Quedamos en que habías acudido al programa para festejar o celebrar tu aparatosa lista de conquistas femeninas, y oír con renovado placer de los trémulos o emocionados labios de algunas de las embaucadas sólo elogios a tu legendaria destreza o a tus excepcionales dotes de amante, fue ése el cebo tendido para hacerte venir y aceptar todo lo que su corrompida imaginación te iría sugiriendo, empezando por las falsas seducidas y terminando en la farsa nupcial, incluida la farsa de su frustrada consumación en brazos de tu fraudulento amorío juvenil, más o menos decrépito, qué importa ya. Por qué será que cada vez que veo un hombre soltero y apuesto como usted, te

previene con aséptica picardía la descarada regidora de efervescente encanto y manos minúsculas enfundándose uno tras otro los guantes de goma y desinfectando enseguida la delicada región, deseo como una loca hacerle esto, o algo parecido a esto, en fin, y después lo otro, ya me entiende, y lo de más allá también, por qué será doctor, me siento otra, estaré enferma de verdad, o son sólo figuraciones mías. Un último júbilo no obstante te concederá, ahora sí, antes de la jubilación, qué trabajo cuesta hacerlo bien. La convulsa dilatación de tus pupilas te delata ante las cámaras, el derrumbamiento de los párpados a continuación, la mordedura del labio inferior, la efusión total o sólo parcial, el corte publicitario otra vez, traumático ahora. Nadie te advirtió que sin amnesia previa doliera tanto la extracción del remordimiento. La lista en cambio no se te olvida, la lista ésa, sí, la misma, claro, cuál si no. No, no le ha ido mal a la lista, o la flaca, así la llamas también a veces con retintín, nada mal, presenta un programa de entrevistas en otra cadena y ha aparecido en dos o tres películas desde entonces, no demasiado buenas por cierto, qué importa eso en definitiva. Aún le envías cartas anónimas desde la residencia, cartas de la baraja por supuesto, naipes marcados, ases sobre todo y alguna sota. Para que no se le ocurra olvidarte como tú has hecho ya con todas las otras. Ella sí que es única. No cuentes nunca el porqué. Nadie lo entendería.